



DESDE QUE EN SU DÍA LEYERA,
EN UNA ENTREVISTA A
DOMINIQUE LAPIERRE,
LA FRASE DE QUE

“TODO CRISTIANO DEBERÍA
VISITAR LA INDIA, AL MENOS
UNA VEZ EN SU VIDA”,
UN GERMEN DE INQUIETUD
QUEDÓ DEPOSITADO PARA
SIEMPRE EN MI INTERIOR.

POCO A POCO,
ESA SEMILLA INICIAL,
SE FUE TRANSFORMANDO EN
UN GRAN DESEO DE PODER
LLEVAR A CABO UN VIAJE ASÍ

La belleza que salva al mundo

“NO HAY ÁRBOL QUE
NO HAYA SIDO
SACUDIDO POR EL VIENTO”
(PROVERBIO INDIO)

por Santiago R. Sánchez Ruiz



UN ÁRBOL SACUDIDO POR VIENTOS DEL ESTE

buscando a Jesucristo

A lo largo de los años tuve la oportunidad de conocer a personas cercanas, que, tras vivir unas semanas en Calcuta como voluntarios, habían experimentado significativos cambios en su forma de pensar e incluso de vivir. Este hecho contribuyó sin duda a avivar aún más en mí ese deseo de viajar a aquellas latitudes; tal vez simplemente por poder experimentar, al menos, un cierto despertar de la somnolencia que frecuentemente me iba envolviendo en el ejercicio de lo puramente cotidiano. O bien por darle un poco de oxígeno a mi poca fe, que sin obras, se encontraba más bien en una evidente tendencia a la baja. Así mismo empezaba a formularme preguntas que en muchos casos no tenían una respuesta muy clara: ¿por qué hay tanto sufrimiento entre inocentes?, ¿qué sentido tiene la vida para tales personas, condenadas a malvivir durante unos cuantos años, a una triste existencia?, ¿por qué Dios guarda silencio ante tanta injusticia?

Finalmente y tras algún que otro intento fallido al respecto, pude unirme a un grupo, que, con motivo del décimo aniversario del fallecimiento de la Madre Teresa, peregrinaba a mediados de agosto a la tumba de la Beata, tan querida por todos, a causa de una entrega total, que sin descanso, llevé a cabo, hasta el final de sus días.

Así pues en la madrugada del día de la Asunción de María (Fiesta de la Independencia en la India), ponía mis pies en esta tierra, tan redimida por la vida y obras de la Santa de Calcuta, tierra que tanto había deseado pisar con objeto de poder ponerme verdaderamente, como ella, al servicio de los demás con alegría, buscando al mismísimo Jesucristo en el cuerpo de “los más pobres entre los pobres”.



Rápidamente sentí que el caos y la vorágine de la urbe, que comenzaba a despertar, me engullía casi sin darme cuenta. Al calor húmedo y sofocante, que a pesar de la hora, se dejaba notar, se sumaba la confusión creada por el intenso bullir de personas que se movían en todas direcciones. Me veía obligado a circular por las calzadas, ya que las aceras se encontraban literalmente atestadas de hogares improvisados, de precarios negocios contruidos con chapas y plástico, rodeados de todo tipo de residuos; y de pobres: miles de pobres, sumidos en una precariedad absoluta; entre harapos, mantas raídas, unos platos de metal y una pequeña hoguera como únicas posesiones; nacen y crecen, comen y duermen, se reproducen y mueren. Inmigrantes procedentes de Orissa, Bihar o Blangladesh, que, expulsados de sus campos ante la pérdida de sus cosechas, se ven obligados, al no tener qué llevarse a la boca, a participar en un éxodo que no cesa y desemboca en una ciudad, que no ha sido remozada desde la marcha de los ingleses del país.

Poco a poco fue pasando aquella primera mañana tras la obligada visita a *Mother House*, donde durante unos momentos, en silencio, estuve supli-

cando, ante la tumba de la Beata Madre,

que me otorgara suficientes fuerzas para poder ser útil, en medio de aquel desconcierto que me envolvía y de la multitud de temores que lastraba.

NO DUDO EN ESTAR TOCANDO AL MISMO JESUCRISTO

Aunque ya casi era hora de almorzar, la intensa mezcla de olores que se dejaba respirar —una combinación de aromas a comida exótica, especias, heces y basura fermentada, envueltas en el sofocante calor del medio día— me impedía aceptar ni siquiera el más pequeño bocado. Me bastaba, de momento, con ir bebiendo algo de agua de cuando en cuando.

Cuervos buscando cualquier tipo de presa indefensa a la que atacar; vacas rumiando entre la basura de los múltiples vertederos improvisados que se van sucediendo por las calles; perros que totalmente abandonados son el objeto de todo tipo de parásitos y úlceras que van mellando su raído pelaje. Y lo peor los niños: niños desnudos o si acaso vestidos con harapos, que te suplican unas rupias para poder llevarse algo a la boca, y que en su candor, quedan expuestos a todo tipo imaginable de abusos... Retratos habituales en el paisaje que define las calles de Kolkata. Y, en medio de todo ello, un frenético ir y venir



de peatones, famélicos *ricksaws* y *bici-ricksaws*, destartalados taxis haciendo sonar de forma continua su claxon, para abrirse paso entre las multitudes; *motoricksaws*, autobuses y tranvías que sin duda pertenecieron a otras épocas...

Pero eso solo era el principio. Ciertamente que todo, absolutamente todo, en el universo tiende al equilibrio y, como tal, el ir dejando pasar los días me ha ido otorgando una gran paz, que unida a la alegría de poder verme útil, en la asistencia que diaria y torpemente he ido desempeñando con los moribundos de Kalighat, me permite contemplar esta misma realidad desde una perspectiva bien distinta a como lo había hecho por primera vez. No dudo en estar tocando al mismo Jesucristo (ese mismo que comulgamos en la eucaristía) cuando bañamos y curamos a cada enfermo. Ni yo mismo estaba seguro de poder hacerlo y, mucho menos, de emplearme con tanta ternura y tanto amor. Sin duda, que esto no puede ser obra mía, tan débil y limitado, como he sido siempre.

Aunque creo, con honestidad, que lo peor se encuentra en la calle. Mis enfermos de Kalighat: se trata de unos pocos privilegiados, entre el resto de una multitud que también necesita ayuda. Es cierto que llegan desnutridos, heridos, deshidratados, enfermos y llenos de todo tipo de padecimientos producidos por el absoluto abandono con el que han sido castigados. Pero tras lavarlos, desparasitarlos, alimentarlos, curarlos y quererlos durante unos pocos días, con alegría podemos comprobar que les empieza a brillar la piel. Aunque alguno muera, al menos lo hace con una gran dignidad, limpio, en una cama y rodeado de personas que piden por él y a las que verdaderamente nos preocupa su salud.

La pobreza que invade las calles, a decir verdad, es la misma de hace dos semanas y no tiene fin; pero es sencillo ver sonrisas y alegría en los rostros que se van cruzando por el camino, libres de las ridículas preocupaciones que habitualmente nos amargan la existencia en occidente. Además compruebo con un gran gozo cómo Dios, en su infinita misericordia, mueve el corazón de muchas personas que están dispuestas a entregar su vida por los demás a cambio de nada (material); pero que cada día cobran su salario en cuantiosos dones del Espíritu Santo.



Voy andando a la vez que contesto a los saludos que amablemente me brinda todo tipo de desconocidos. Me indican que ha quedado un sitio libre en el autobús para que tome asiento; cortésmente digo que no, pero ante la insistencia acepto. Me paro a preguntar a cualquiera por dónde puedo llegar mejor a Moulali, para desde allí coger el autobús 24A que me deja en la misma puerta de Seva Kendra (la residencia de Cáritas, en la que vivo y en la que no dejan de tratarme como un huésped de honor), y son siete los que se paran a darme las oportunas indicaciones. La continua sinfonía de cláxones persiste

BUSCANDO AL MISMÍSIMO
JESUCRISTO EN EL CUERPO
DE “LOS MÁS POBRES
ENTRE LOS POBRES”

con igual intensidad; pero casi no soy consciente del estruendo; entiendo que deben indicar su posición de alguna forma, ya que la mayoría de los vehículos no llevan retrovisores; de seguro que en Madrid una pitada, significa cosas bien distintas...



Me río cuando, jugando me empapo, con los niños por las calles, tras echarme unas cuantas carreras intentando volar inútilmente una de esas minúsculas cometas. Me encanta beber el jugo que extraen de la caña de azúcar recién cortada mientras saboreo un plato de *masala dosa*, del típico *dhal*, o del refrescante pepino con yogur y menta por diez rupias... Es curioso darse cuenta con qué poco se puede vivir de forma plena y feliz. Resulta que venía a ayudar a la gente necesitada, sin saber que el enfermo realmente era yo. Rebotante de un montón de tonterías y necesidades superfluas, no tenía ni idea del significado de una vida plena y llena de alegría..., que es lo que no falta aquí en Calcuta: donde miras no ves más que sonrisas, aunque sea saliendo del chamizo donde viven. Eso es lo inexplicable que tiene esta tierra.



DIOS, EN SU
INFINITA
MISERICORDIA,
MUEVE EL
CORAZÓN DE
MUCHAS PERSONAS

Tras un viaje de seis horas en autobús, hacia el norte, llegué hace dos días a Asansol. Las hermanas nos dijeron a un grupo de voluntarios que sería bueno venir hasta aquí aunque solo fuese un día; que podríamos alegrar un poquito la vida de los leprosos que viven aislados del resto del mundo en Shantinagar (Ciudad de paz), porque aquí no viene nunca nadie y que de seguro nos recordarían por mucho tiempo, porque tampoco nunca pasa nada. Así que dicho y hecho. Guitarra en mano, nos vinimos hasta aquí, sin saber exactamente qué hacer. Pero fue sencillo, porque eran ellos los que tenían a punto sus instrumentos, sus canciones y sus bailes, para agasajarnos de la forma más inesperada. Concluido el festival, la hermana María Rúa, (madrileña y médico, para más señas) nos estuvo enseñando las instalaciones, indicándonos que necesitaban una urgente reforma: ampliación de los servicios, quirófano, renovación de las instalaciones eléctricas, sanitarias, etc.; pero que los ingenieros a los que habían acudido para proyectar y dirigir las obras, se habían negado en rotundo al saber que se trataba de una leprosería; por ello y de forma indefinida, todo estaba parado. Increíble, que en pleno siglo XXI, las actitudes no hayan cambiado respecto al estigma de la lepra, y se sitúen en posiciones similares a las de la época que relatan los Evangelios.

Ayer llegamos tan tarde que casi saludamos el día. La vuelta fue agotadora, no sé si por la duración del viaje o porque creo haberme dejado un buen trozo de corazón en el Oeste de Bengala. Es obvio: debo volver. No hace falta pensarlo mucho, he recibido tanto en dos semanas que no puedo ni imaginar lo que puede ser vivir allí durante una etapa completa de mi vida. Es cierto que aquí en Madrid tengo un trabajo aceptable, también soy ingeniero, pero puedo dar mucho también allí, incluso desde mi profesión y, además no le tengo miedo la lepra.

La vida en Kolkata se rige por reglas muy diferentes. Cooperar en lugar de competir. Dar sin esperar. Pero sin duda, que se trata de un buen negocio: a cambio de un poco de tiempo, se obtienen incalculables cantidades de afecto e incomparables lecciones sobre las cosas importantes de la vida.

¡Ah!, por cierto: ya he empezado a entender aquella frase de Dominique Lapierre; esa de que "todo cristiano debería visitar la India, al menos una vez en su vida." Creo que debe ser porque, con una vez es suficiente para poder mirar y llegar a ver. ¡Qué ciego estuve durante tantos años y qué sencillo fue despertar a la realidad! De verdad, espero que esta lección, no se me olvide nunca.

Santiago R. Sánchez-Ruiz (santis@buscadlabelleza.org)

